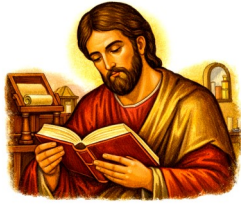


Is 55,1-3

Sal 144/145

MT 14, 13-21



El pasado domingo escuchábamos, en la proclamación de la primera lectura, la oración que el rey Salomón dirigía a Dios pidiendo un corazón sabio. Hoy la liturgia nos muestra el fruto de esa sabiduría: descubrir dónde está el alimento verdadero del hombre. Porque el ser humano no solo tiene hambre de pan; también tiene hambre de sentido, de amor, de esperanza y, en lo más hondo, hambre de Dios. El Salmo 41 (42), en sus primeros versículos, nos ofrece una de las imágenes más bellas de toda la Escritura para expresar ese deseo de Dios que anida en el corazón humano.

Isaías, en este día, nos transmite de parte del Dios vivo una invitación conmovedora: «*Todos los sedientos, venid por agua... aunque no tengáis dinero*». Dios no comercia con su gracia; la ofrece gratuitamente. Y, sin embargo, nos interpela: «*¿Por qué gastáis el dinero en lo que no alimenta?*». Es una pregunta que atraviesa los siglos y llega hasta nosotros. Podemos llenar la vida de ocupaciones, compras y distracciones, y seguir sintiendo un vacío interior. El corazón humano solo encuentra descanso —solo se siente lleno por dentro— cuando vuelve a su origen, que no es simplemente biológico ni meramente afectivo. Nace del aliento divino y está configurado para regresar a Él, como la chispa busca

el fuego del que salió. Esta es la clave.

El Evangelio nos muestra a ese Dios que responde al hambre del hombre. Jesús ve a la multitud y, antes de enseñar, siente compasión. Su mirada no ve una masa anónima, sino personas concretas, cada una con su necesidad. Los discípulos proponen una solución razonable: «*Despide a la gente*». Es la lógica de quien piensa que cada uno debe arreglarse como pueda. Pero Jesús responde con unas palabras que siguen resonando: «*Dadles vosotros de comer*».



No les pide que hagan un milagro, sino que entreguen lo poco que tienen. Cinco panes y dos peces parecen insignificantes, pero en las manos de Cristo lo poco se convierte en abundancia. Los maestros de Israel enseñaban que la bendición no descende sobre lo que permanece cerrado, sino sobre lo que se comparte. San Juan Crisóstomo observa que Cristo podía haber creado el pan de la nada, pero quiso servirse de lo que ellos ofrecían para enseñar que Dios cuenta con nuestra colaboración.

Hay un detalle precioso en el relato proclamado: Jesús toma los panes, levanta los ojos al cielo, bendice, parte y los entrega a los discípulos

para que ellos distribuyan. Es un gesto que anticipa la Eucaristía. En cada Misa contemplamos los mismos movimientos: Cristo toma, bendice, parte y reparte. El verdadero Pan que sacia definitivamente el hambre del hombre es Él mismo.

Por eso la Iglesia no celebra solo el recuerdo de un milagro antiguo. Cada Eucaristía es la respuesta de Dios a la sed anunciada por Isaías. Venimos pobres y regresamos enriquecidos; llegamos con hambre, y Cristo se nos da como alimento. Los Padres del desierto repetían: «*Quien alimenta su alma con la Palabra de Dios descubre que muchas hambres desaparecen*». Cuando el corazón está lleno de Dios, aprende a ordenar rectamente todas las demás cosas. Quizá hoy el Señor nos pregunte: ¿qué cinco panes y dos peces puedes poner en mis manos? Tal vez sea un poco de tiempo, una palabra de consuelo, una visita, una reconciliación, una ayuda silenciosa, una oración perseverante. Lo importante no es la cantidad, sino la confianza.

La sabiduría que pedimos con Salomón encuentra aquí su expresión concreta: reconocer que Dios basta, compartir lo recibido y dejar que Cristo transforme nuestra pobreza en alimento para muchos. El mayor milagro no es solo la multiplicación de los panes, sino la transformación del corazón humano. Quien se alimenta de Cristo aprende a convertirse, él mismo, en pan partido para sus conciudadanos. Así se cumple plenamente la promesa de Isaías: «*Escuchadme y viviréis*».





Adesto, Domine, famulis tuis, et perpetuam benignitatem largire poscentibus, ut his, qui te auctorem et gubernatorem gloriantur habere, et creata restaures, et restaurata conserves.

♦ Traducción al español

A Asiste, Señor, a tus siervos y concede tu bondad perpetua a quienes la imploran, para que en aquellos que se glorían de tenerte como autor y gobernador, no solo restaures lo creado sino que conserves lo restaurado.

Reflexión

Esta oración colecta correspondiente a este domingo, y que en el anterior **Misal Romano de san Pío V** correspondía a la oración sobre el pueblo del jueves de la segunda semana de Cuaresma, pertenece al **Tiempo Ordinario** y expresa una de las notas más bellas de la espiritualidad romana: la confianza en un Dios que **acompaña, renueva y mantiene**. No solo interviene en momentos puntuales: su benignidad es **perpetua**, su presencia es **estable**, su acción es **continua**. La estructura es clásica:

Invocación: “Adesto”, quédate con nosotros.

Petición: concede tu bondad perpetua.

Confesión: tú eres nuestro autor y nuestro guía.

Acción divina: restaura y conserva.

La oración de hoy comienza con una súplica muy cercana: **“Adesto, Domini”**, quédate con nosotros, acompañanos, no te alejes de nuestra vida. Es una petición humilde y confiada, porque sabemos que sin la presencia de Dios la vida se vuelve más pesada, más incierta, más frágil. Cuando Dios está, todo se ilumina; cuando Él acompaña, todo encuentra sentido.

La liturgia pide que Dios nos conceda su

benignidad perpetua, su bondad que no se agota. No pedimos una ayuda puntual, sino una presencia constante. Sabemos que necesitamos su ternura cada día: en nuestras decisiones, en nuestras luchas, en nuestras relaciones, en nuestras esperanzas. La bondad de Dios no es un concepto: es una fuerza que sostiene, consuela, renueva.

La oración dice algo muy hermoso: nos **gloriamos de tener a Dios como autor y gobernador**. Autor, porque Él es el origen de nuestra vida; gobernador, porque Él conduce nuestra historia. No caminamos solos ni a ciegas: Dios es quien nos creó y quien nos guía. Esta certeza da paz, libertad, confianza.

Y la liturgia pide un doble milagro cotidiano: que Dios **restaure lo creado y conserve lo restaurado**. Todos tenemos algo que necesita ser restaurado: una herida, una relación, una esperanza, una parte de nuestra vida que se ha debilitado. Dios puede levantar lo caído, reparar lo roto, devolver vida a lo que parecía apagado. Pero también pedimos que conserve lo restaurado, porque a veces lo que Dios ha sanado puede volver a dañarse si no lo cuidamos. Él restaura y sostiene.

Quizá hoy podamos hacer un gesto sencillo: mirar nuestra vida y preguntarnos qué necesita ser restaurado por Dios. Y pedirle que, una vez restaurado, lo conserve. Que su presencia nos acompañe, que su bondad nos sostenga, que su mano nos guíe. Porque cuando Dios está, la vida se hace camino; cuando Él restaura, la vida renace; cuando Él conserva, la vida permanece y constantemente florece.



**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**



XVIII per annum A



**No tienen más que cinco panes
y dos peces; pero él dijo:
«Traédmelos aquí».**

(Mateo 14,17)